

CAPÍTULO 8: ¿RESPONDE DIOS SIEMPRE A LA ORACIÓN?

Llegamos ahora a una de las preguntas más importantes que cualquier hombre puede formular. Mucho depende de la respuesta que nos veamos llevados a dar. No nos encojamos ante la posibilidad de enfrentar la pregunta de manera justa y honesta. ¿Responde Dios siempre a la oración? Por supuesto, todos concedemos que Él responde a la oración: algunas oraciones, y algunas veces. Pero ¿responde Él siempre a la oración verdadera? Algunas así llamadas oraciones Él no las responde, porque no las escucha. Cuando Su pueblo era rebelde, dijo: «Cuando multipliquéis vuestras oraciones, yo no os oiré» (Isa. 1. 15).

Pero un hijo de Dios debe esperar respuestas a sus oraciones. Dios quiere que toda oración tenga una respuesta; y ni una sola oración real puede dejar de tener su efecto en el cielo.

Y sin embargo, aquella declaración maravillosa de San Pablo: «Todo es vuestro, pues vosotros sois de Cristo» (I Cor. 3. 21), parece tan evidente y tan trágicamente falsa para la mayoría de los cristianos. Pero no es así. Son nuestras, pero muchos de nosotros no poseemos nuestras posesiones. Los dueños del Monte Morgan, en Queensland, trabajaron arduamente durante años en sus áridas laderas, ganándose una existencia miserable, sin saber jamás que bajo sus pies se hallaba una de las fuentes de oro más ricas que el mundo haya conocido jamás. Había riqueza, vasta, no soñada, pero aún no imaginada ni realizada. Era "de ellos", aunque no era suya.

El cristiano, sin embargo, conoce las riquezas de Dios en gloria en Cristo Jesús, pero parece no saber cómo obtenerlas.

Ahora bien, nuestro Señor nos dice que se obtienen pidiéndolas. Que Él nos dé a todos un juicio correcto en las "cosas de la oración". Cuando decimos que ninguna oración verdadera queda sin respuesta, no estamos afirmando que Dios siempre da exactamente lo que pedimos. ¿Has conocido alguna vez a un padre

tan necio como para tratar así a su hijo? ¡No le damos a nuestro hijo un atizador al rojo vivo porque lo pida a gritos! Las personas ricas son las más cuidadosas en no permitir a sus hijos mucho dinero de bolsillo.

¡Si Dios nos diera todo lo que le pedimos, gobernaríamos el mundo nosotros, y no Él! Y seguramente todos confesaríamos que no somos capaces de hacer eso. Además, imás de un gobernante del mundo es una absoluta imposibilidad!

La respuesta de Dios a la oración puede ser "Sí", o puede ser "No". Puede ser "Espera", pues puede ser que Él planea una bendición mucho mayor de la que imaginamos, y una que involucre otras vidas además de la nuestra.

La respuesta de Dios es a veces "No". Pero esto no es necesariamente una prueba de pecado conocido y voluntario en la vida del suplicante, aunque puede haber pecados de ignorancia. Él dijo "No" a San Pablo algunas veces (II Cor. 12. 8, 9). Con mayor frecuencia que lo contrario, la negativa se debe a nuestra ignorancia o egoísmo al pedir. «Porque no sabemos orar como es debido» (Rom. v3. 26). Eso fue lo que estuvo mal en la madre de los hijos de Zebedeo. Ella vino y adoró a nuestro Señor y le oró. Él respondió rápidamente: «No sabéis lo que pedís» (Mat. 20. 22). Elías, un gran hombre de oración, a veces tuvo "No" como respuesta. Pero cuando fue arrebatado a la gloria en un carro de fuego, ¿lamentó acaso que Dios dijera "No" cuando clamó: «Oh Señor, quítame la vida»?

La respuesta de Dios es a veces "Espera". Él puede demorar la respuesta porque aún no estamos listos para recibir el don que anhelamos, como con Jacob luchando. ¿Recuerdas la famosa oración de Agustín: «Oh Dios, hazme puro, pero no ahora»? ¿No son nuestras oraciones a veces así? ¿Estamos siempre realmente dispuestos a "beber la copa", a pagar el precio de la oración contestada? A veces Él demora para que mayor gloria sea traída a Sí mismo.

Las demoras de Dios no son negativas. No sabemos por qué a veces Él demora la respuesta y en otras ocasiones responde «antes que llamen» (Isa. 65. 24). Jorge Müller, uno de los más grandes hombres de oración de todos los tiempos, tuvo que orar durante un período de más de sesenta y tres años por la conversión de un amigo. ¿Quién puede decir por qué? «El gran punto es nunca rendirse

hasta que llegue la respuesta», dijo Müller. «He estado orando por sesenta y tres años y ocho meses por la conversión de un hombre. Él aún no está convertido, pero lo estará. ¿Cómo podría ser de otro modo? Allí está la promesa inmutable de Jehová, y en ella descanso». ¿Fue esta demora debida a algún obstáculo persistente del diablo? (Dan. 10. 13). ¿Fue un esfuerzo poderoso y prolongado por parte de Satanás para sacudir o quebrar la fe de Müller? Pues no bien murió Müller, su amigo fue convertido, incluso antes del funeral.

Sí, su oración fue concedida, aunque la respuesta tardó mucho en llegar. Tantas peticiones de Jorge Müller le fueron concedidas que no es de extrañar que una vez exclamara: «¡Oh, cuán bueno, bondadoso, misericordioso y condescendiente es Aquel con Quien tenemos que ver! Yo soy solo un hombre pobre, frágil y pecador, pero Él ha escuchado mis oraciones diez mil veces».

Quizás algunos preguntan: ¿Cómo puedo descubrir si la respuesta de Dios es "No" o "Espera"? Podemos estar seguros de que Él no nos dejará orar sesenta y tres años para obtener un "No". La oración de Müller, tan largamente repetida, se basaba en el conocimiento de que Dios «no quiere la muerte del pecador»; «quiere que todos los hombres sean salvos» (I Tim. 2. 4).

Mientras escribo, el cartero me trae una ilustración de esto. Llega una carta de alguien que muy raramente me escribe, y que ni siquiera conocía mi dirección; alguien cuyo nombre es conocido por todo obrero cristiano en Inglaterra. Un ser querido fue derribado por una enfermedad. ¿Debe continuar orando por su recuperación? ¿Es la respuesta de Dios "No", o es: "Sigue orando, espera"? Mi amigo escribe: «Tuve una guía clara de Dios respecto a mi amada... que era la voluntad de Dios que ella fuera llevada... Me retiré al descanso de la entrega y la sumisión a Su voluntad. Tengo mucho por lo que alabar a Dios». Pocas horas después, Dios llevó a esa amada a estar con Él en la gloria.

Otra vez instamos a nuestros lectores a aferrarse a esta verdad: la oración verdadera nunca queda sin respuesta.

Si tan solo le diéramos más pensamiento a nuestras oraciones, oraríamos más inteligentemente. Eso suena a perogrullada. Pero lo decimos porque algunas

queridas personas cristianas parecen dejar de lado su sentido común y su razón antes de orar. Una pequeña reflexión mostraría que Dios no puede conceder algunas oraciones. Durante la guerra, toda nación oró por la victoria. Sin embargo, es perfectamente obvio que todos los países no podían ser victoriosos. Dos hombres que vivieran juntos podrían orar, uno por lluvia y el otro por buen tiempo. ¡Dios no puede dar ambas cosas al mismo tiempo en el mismo lugar!

Pero la veracidad de Dios está en juego en este asunto de la oración. Todos hemos estado leyendo de nuevo aquellas maravillosas promesas de oración de nuestro Señor, y casi nos hemos tambaleado ante esas promesas: la amplitud de su alcance, la plenitud de su intención, la grandeza de esa sola palabra "Todo lo que". ¡Muy bien! «Sea Dios veraz» (Rom. 3. 4). Ciertamente Él siempre será "hallado veraz".

No te detengas a preguntar al escritor si Dios ha concedido todas sus oraciones. No lo ha hecho. Haber dicho "Sí" a algunas de ellas habría significado maldición en lugar de bendición. Haber respondido a otras fue, ¡ay!, una imposibilidad espiritual: no era digno de los dones que buscaba. La concesión de algunas de ellas solo habría fomentado el orgullo espiritual y la autocomplacencia. ¡Cuán claras parecen ahora todas estas cosas, a la luz más plena del Espíritu Santo de Dios!

Cuando uno mira hacia atrás y compara sus oraciones ávidas y sinceras con su pobre e indigno servicio y su falta de verdadera espiritualidad, uno ve cuán imposible era para Dios conceder las mismas cosas que Él anhelaba impartir. ¡A menudo era como pedirle a Dios que pusiera el océano de Su amor en un corazón del tamaño de un dedal! Y sin embargo, ¡cómo anhela Dios bendecirnos con toda bendición espiritual! ¡Cómo clama el querido Salvador una y otra vez: «¡Cuántas veces quise... y no quisisteis!» (Mat. 23. 37.) Lo triste de todo es que a menudo pedimos y no recibimos por nuestra indignidad, ¡y luego nos quejamos porque Dios no responde nuestras oraciones! El Señor Jesús declara que Dios da el Espíritu Santo —quien nos enseña a orar— tan prontamente como un padre da buenos dones a sus hijos. Pero ningún don es un "buen don" si el hijo no está preparado para usar ese don. Dios nunca nos da algo que no podemos, o no

queremos, usar para Su gloria (no me refiero a talentos, pues podemos abusar o "enterrar" esos, sino a dones espirituales).

¿Viste alguna vez a un padre darle a su hijito una navaja de afeitar cuando la pidió, porque esperaba que el niño creciera hasta ser hombre y entonces encontrara la navaja útil? ¿Acaso un padre nunca dice a su hijo: "Espera hasta que seas mayor, o más grande, o más sabio, o mejor, o más fuerte"? ¿Puede nuestro amante Padre celestial también decirnos a nosotros: "Espera"? En nuestra ignorancia y ceguera, seguramente debemos decir a veces,

En muy amor rehúsa

Todo lo que Tú ves

Que nuestra debilidad abusaría.

Ten la seguridad de que Dios nunca concede el don de mañana hoy. No es falta de voluntad de Su parte para dar. No es que Dios esté alguna vez limitado en Sí mismo. Sus recursos son infinitos, y Sus caminos son inescrutables. Fue después de mandar a Sus discípulos que pidieran que nuestro Señor continúa insinuando no solo Su providencia, sino también Sus recursos. «Mirad las aves del cielo» (Mat. 6. 26, Moffatt); «vuestro Padre celestial las alimenta». Cuán simple suena. Sin embargo, ¿has reflexionado alguna vez que ni un solo millonario, en todo el mundo, es lo bastante rico para alimentar a todas "las aves del cielo", incluso por un solo día? Tu Padre celestial las alimenta cada día, y no es más pobre por ello. ¿No os alimentará mucho más a vosotros, os vestirá, cuidará de vosotros?

¡Oh, confiemos más en la oración! ¿No sabemos que «Él es galardonador de los que le buscan diligentemente»? (Hebreos 11. 6.) El "aceite" del Espíritu Santo nunca dejará de fluir mientras haya vasijas vacías que lo reciban (I Reyes 4. 6). Siempre tenemos la culpa nosotros cuando cesa la obra del Espíritu. Dios no puede confiar a algunos cristianos la plenitud del Espíritu Santo. Dios no puede confiar a algunos obreros resultados espirituales definidos en sus labores. Sufrirían de orgullo y vanagloria. ¡No! No afirmamos que Dios concede a todo cristiano todo lo que ora.

Como vimos en un capítulo anterior, debe haber pureza de corazón, pureza de motivo, pureza de deseo, si nuestras oraciones han de ser en Su nombre. Dios es mayor que Sus promesas, y a menudo da más de lo que deseamos o merecemos — pero no siempre lo hace. Así que, si alguna petición específica no es concedida, podemos estar seguros de que Dios nos está llamando a examinar nuestros corazones. Porque Él se ha comprometido a conceder toda oración que sea verdaderamente ofrecida en Su nombre. Repitamos una vez más Sus benditas palabras — no podemos repetirlas demasiado a menudo — «Todo lo que pidieréis en Mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en Mi nombre, Yo lo haré» (Juan 14. 13, 14).

Recuerda que era imposible que Cristo ofreciera alguna oración que no fuera concedida. Él era Dios — conocía la mente de Dios — tenía la mente del Espíritu Santo.

¿Acaso dice una vez: «Padre, si es posible, que...» mientras se arrodilla en agonía en el huerto de Getsemaní, derramando fuertes clamores y lágrimas? Sí, y «fue oído por su reverencial temor» (Heb. 5. 7, Dr. Moule). ¿No fue ciertamente no la «agonía», sino el temor filial, lo que obtuvo la respuesta? Nuestras oraciones son oídas no tanto porque sean importunas sino porque son filiales.

Hermano cristiano, no podemos comprender plenamente aquella escena santificada de terrible asombro y maravilla. Pero esto sabemos — que nuestro Señor jamás ha hecho una promesa que no pueda cumplir, o que no tenga la intención de cumplir. El Espíritu Santo intercede por nosotros (Rom. v3. 26), y Dios no puede decirle «No». El Señor Jesús intercede por nosotros (Hebreos 7. 25), y Dios no puede decirle «No». Sus oraciones valen mil veces más que las nuestras, ¡pero es Él quien nos manda orar!

«Pero, ¿no estaba San Pablo lleno del Espíritu Santo?», preguntarás, «¿y no dijo: "Nosotros tenemos la mente de Cristo?" Sin embargo, pidió tres veces que Dios removiera la "espina" de su carne — y Dios claramente le dice que no lo haría.»

Es también algo muy singular que la única petición registrada de San Pablo buscando algo para su propia necesidad individual ¡fue rechazada! La dificultad, sin embargo, es esta: ¿Por qué San Pablo, que tenía la «mente» de Cristo, pidió algo que pronto descubrió que era contrario a los deseos de Dios? Sin duda hay muchos cristianos plenamente consagrados leyendo estas palabras que han sido perplejos porque Dios no ha dado algunas cosas por las que oraron.

Debemos recordar que podemos estar llenos del Espíritu y sin embargo errar en el juicio o en el deseo. Debemos recordar también que nunca somos llenos del Espíritu Santo de Dios de una vez por todas. El maligno está siempre al acecho para poner su mente en nosotros, de modo que pueda atacar a Dios a través de nosotros. En cualquier momento podemos volvernos desobedientes o incrédulos, o podemos ser traicionados en algún pensamiento o acto contrario al Espíritu de amor.

Tenemos un ejemplo asombroso de esto en la vida de San Pedro. En un momento, bajo la influencia imperiosa del Espíritu Santo de Dios, clama: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Nuestro Señor se vuelve, y con palabras de gran elogio dice: «Bienaventurado eres, Simón, porque carne y sangre no te lo revelaron, sino Mi Padre que está en los cielos». Sin embargo, poco tiempo después, el diablo mete su mente en San Pedro, y nuestro Señor se vuelve y le dice: «¡Quítate de delante de mí, Satanás!» (Mat. 16. 17, 23). ¡San Pedro estaba ahora hablando en nombre de Satanás! Satanás todavía «desea tenernos».

San Pablo fue tentado a pensar que podría hacer un trabajo mucho mejor para su amado Maestro si tan solo esa «espina» pudiera ser removida. Pero Dios sabía que Pablo sería un mejor hombre con la «espina» que sin ella.

¿No es un consuelo para nosotros saber que podemos traer más gloria a Dios bajo algo que tendemos a considerar como un obstáculo o impedimento, que si aquello no deseado fuera removido? «Bástate Mi gracia; porque Mi poder se perfecciona en la debilidad» (II Cor. 12. 9). Recuerda que

Dios nada hace, ni permite que se haga,

Sino lo que tú mismo querías

Si pudieras ver

El fin de todo lo que Él hace, así como Él lo ve.

San Pablo no era infalible — tampoco lo eran San Pedro o San Juan; ni lo es el Papa ni ningún otro hombre. Podemos — y de hecho lo hacemos — ofrecer oraciones equivocadas. La forma más elevada de oración no es: «Tu camino, oh Dios, no el mío», sino «¡Mi camino, oh Dios, es el Tuyo!». Se nos enseña a orar, no «que Tu voluntad sea cambiada», sino «que Tu voluntad sea hecha».

¿Podemos, para concluir, dar el testimonio de dos personas que han demostrado que se puede confiar en Dios?

Sir H. M. Stanley, el gran explorador, escribió: «Por mi parte, no debo atreverme a decir que las oraciones son ineficaces. Cuando he sido sincero, he sido respondido. Cuando oré por luz para guiar a mis seguidores sabiamente a través de los peligros que les acosaban, un rayo de luz ha venido sobre la mente perpleja, y un camino claro hacia la liberación me ha sido señalado. Puedes saber cuándo una oración es respondida por el resplandor de contentamiento que llena a aquel que ha arrojado su causa ante Dios, al levantarse. Tengo evidencia, satisfactoria para mí mismo, de que las oraciones son concedidas.»

Mary Slessor, cuya historia de vida en África Occidental seguramente nos ha conmovido a todos, fue preguntada una vez qué significaba la oración para ella. Ella respondió: «Mi vida es un largo, diario y horario registro de oraciones respondidas por salud física, por tensión mental, por guía dada maravillosamente, por errores y peligros evitados, por enemistad al Evangelio sometida, por alimento provisto en la hora exacta necesaria, por todo lo que contribuye a la vida y a mi pobre servicio. Puedo testificar con plena y a menudo asombrada reverencia que creo que Dios responde la oración. ¡Yo sé que Dios responde la oración!»